

34
57

Crisis religiosa

"LA VANGUARDIA" 22 de sept 1938.

Por los periódicos españoles y extranjeros ha circulado la noticia de que nunca habían tenido las sociedades evangélicas una demanda tan grande de ejemplares de la Biblia como la de estos últimos meses en nuestro territorio republicano. Otros datos de diversa índole acreditan, asimismo, que el desarrollo del protestantismo en España está siendo considerable.

Los jerarcas de la Iglesia católica que se han puesto en nuestro país y en el extranjero del lado de los facciosos, llamando Cruzada a la invasión extranjera, comparando a Franco con San Luis, bendiciendo a los asesinos de nuestros hijos, jactándose de hacer la guerra y procurando implantar en España las propias teorías que el Papa condena en sus países de origen, no se han dado cuenta de que están provocando una gravísima crisis contra la Iglesia a que pertenecen. Aplaudir en nombre de la Iglesia sucesos como la destrucción de Guernica o el asesinato de Carrasco Formiguera, son cosas que no pueden quedar impunes. Hace algún tiempo, una cocinera vasca, católica, archicatólica, fué preguntada un domingo si había ido a misa y contestó que después de la destrucción de Guernica no pensaba volver a poner los pies en la iglesia. Se dirá que ni la Iglesia ni su doctrina tienen la culpa de los errores de tales o cuales ministros suyos. Así es la verdad. Pero no se puede exigir a las muchedumbres tal serenidad en el discurso. La cocinera de marras es un exponente del pensamiento general.

En la masa popular son muy pocos quienes comprenden el significado de los Sacramentos o el dogma de la Santísima Trinidad, o el de la Inmaculada Concepción, etc. Los gentes o no creen en nada, o creen sencillamente en Dios: un Dios de bondad, de paz y de justicia, que vino al mundo y fué sacrificado para predicar el amor entre los hombres, sin complicaciones teológicas ni metafísicas. «Dios premia al bueno y castiga al malo; Dios quiere que los hombres sean honestos y no roben ni maten y perdonen las ofensas y sufran con re-

que la religión, porque eran el arte, la Historia, la tradición y el calor popular. Más de diez siglos de vida debe tener la catedral, si no me equivoco. Por allí ha pasado toda la vida de Cataluña. Sus reyes, sus concellers, sus juristas y sus santos; la fe intransigente y el furor iconoclasta; el esplendor de las aristocracias y el impetu de las multitudes; el quietismo y la revolución. La escalinata, las piezas escultóricas, las tallas del coro, la Custodia, la fuente donde baila el huevo, los claustros apacibles, la campana gorda, cada pieza, cada detalle del complejo monumento, lleva al corazón y a la memoria de los barceloneses un mundo de leyendas, de acuerdos y de afectaciones. Yo he tenido el honor de salir de esa catedral tres veces presidiendo la procesión del Corpus, y debo declarar que aquellas ocasiones dejaron dos cosas indeleblemente grabadas en mi memoria: la flor de la «ginesta» regando las calles y la presencia de un gentío enorme, animado, no de una beatería superficial, sino de una emoción íntima muy característica en los catalanes, porque aquello, para los católicos como para los indiferentes, era «lo suyo».

¿Y ahora? La piedra derrumbada, el hierro retorcido, la madera ardiendo, las imágenes descabezadas... ¿Quién ha hecho esta profanación y para qué la han hecho? ¿Las masas enfurecidas? ¿Los rojos? ¿Los blasfemos? ¿Los sin Dios? No. Lo han hecho los que se creen monopolizadores del catolicismo, los predilectos de los obispos, los que vienen a salvar la tradición de España, los nacionales. ¿Qué espanto... y qué risa! En nombre del catolicismo, de la tradición, de la nacionalidad y de la civilización, iban bombardeado la catedral de Barcelona. ¿Quién pudiera oír los comentarios de Santa Eulalia!

El que crea que todas estas cosas pueden ocurrir sin que, en fin de cuentas, la pérgola vaya de rebot contra la Iglesia católica, está ciego, sordo y loco. No tiene ella la culpa ni la tienen sus doctrinas excelsas; mas la obra de los malos pastores dará sus frutos.

Ocasión es ésta de recordar la frase admirable de un sabio canónigo, catalán por más señas: «El pueblo ha quemado las iglesias, pero nosotros los curas, hemos quemado la Iglesia».

ANGEL OSSORIO.

Buenos Aires, agosto 1938.

con sangre. ...
adquirir con sudor lo que se puede alcanzar del año. Y aún les parece flojedad y pereza labrar la tierra y esperar la cosecha y suceso a peligro de ser muertos o heridos, que a mente les persuadirán a provocar al enemigo haciéndolo con guerra y robos. Y más fácil sueldo. Y esta liberalidad no tienen de que nados, que les hacen cada día, les sirven por mida y banquetes grandes aunque mal ordenosa y tendida en la sangre enemiga. Y el otro un buen caballo. Y el otro una tramesa victo la liberalidad del príncipe sacan ellos, el uno sino con la fuerza y con la guerra, porque de tar aquel acompañamiento grande que traen. Y luego. Los príncipes - no pueden susten otras naciones donde saben que hay guerra. chos de los manebos nobles de ella se van a dad está largo tiempo en paz y ociosidad. mu los combateros por el príncipe. Cuando su cu